

de sus diez campanadas. Los otros  
 bruñen su cereal.  
 Y allá, en el agro, en la sesuda puente  
 que cruza el río despaciosamente  
 con su planta romana,  
 suena sus cascabeles la mañana  
 en las mulas de un carro de Zamora,  
 mientras el cielo su techumbre arquea  
 y se copia en el agua, que espejea  
 con una claridad deslumbradora.

Ya a la tarde—la noche se avecina  
 con débil parpadeo  
 de faroles urbanos—, determina  
 regresar Don Miguel de su paseo.  
 Siente dejar la solitaria encina  
 repleta de experiencia,  
 que tanto le ha enseñado  
 y a la que él ha cantado  
 en ancho verso de ancestral cadencia;  
 siente dejar el áspero sembrado  
 que es para el labrador tumba y herencia;  
 siente dejar la pastoril ribera  
 con la grata frescura  
 de sus árboles altos y derechos;  
 pero como la noche se apresura  
 y la tertulia en el café le espera,  
 regresa por atajos y barbechos.

Le acompaña Pinilla,  
 un poeta local, también letrado,  
 que es su interlocutor inveterado,  
 y el cual, como no ve, sueña a Castilla.  
 Porque Pinilla es ciego. Y Don Miguel  
 siente por él una especial ternura